

La increíble aventura de la literatura de Guinea Ecuatorial

FRANCISCO ZAMORA LOBOCH

zamorasegorbe@yahoo.es

Corrían los días del año 1977 en Madrid y en la vieja piel de toro. Franco había muerto y España ardía en deseos democráticos por todos los costados. Los partidos políticos surgían como setas, el mundo de la música se preparaba para la movida, la literatura despertaba, y las reivindicaciones autonómicas e independistas se colocaban sobre el tapete de las mesas de negociaciones sin disimulo alguno.

La izquierda renacía cual Ave Fénix, y la palabra en boga era «solidaridad». Levantabas una mano en medio de las grandes vías clamando contras las injusticias en el Sahara o en el Yemen, y enseguida aparecían cientos de banderas, pancartas y voces en apoyo de aquellos cinco dedos solitarios, desde la Universidad a las fábricas, desde el tajo hasta las minas. Era el frenesí, la gloria, la pasión, el desmadre, el renacimiento y el momento para la revolución y la imaginación.

Y fue en medio de ese clima, con Guinea Ecuatorial desangrándose bajo las botas de Francisco Macías Nguema, cuando mi amigo Donato Ndongo y yo decidimos alzar también nuestra voces en asambleas, mítines, sentadas y encuentros para decir a España que había un país en el centro de África, al que precisamente había dado la independencia en 1968, que corría el riesgo de morir de inanición física y cultural si no se hacía algo y pronto, ya.

Donato Ndongo y yo fuimos la voz del exilio guineano en aquella España de la solidaridad y la democracia, apelando a la literatura, la poesía y el cuento corto. Editamos de forma casera un opúsculo pomposamente titulado «Poetas guineanos en el exilio (Antología)», en el que presentábamos al mundo poemas míos como *Nuestros eróticos y viciosos círculos*, *Salvad a Copito*, *A una prostituta de Casa Vallés*, *Vamos a matar al tirano*, y *El prisionero de la Gran Vía*, Maplal Lobocho firmaba *El baobab*, y Donato aparecía con *Epitafio*, *Cántico*, *Balada de los perros de la guerra*, y *No quiero perdonar*. Además, editamos otro pequeño libro de cuentos y relatos cortos, entre los que estaba mi *Bea*.

Y así, y no de otro modo, pusimos la semilla para que, con el correr de los tiempos, investigadores como Mbare Ngom y otros estudiosos y gente curiosa de universidades norteamericanas empezasen a escribir ensayos y artículos sobre la literatura que se escribe en la única colonia española del África negra.

En España, sofocadas las fiebres solidarias que se originaron tras la muerte del dictador Franco, la Realpolitik de los Adolfo Suárez, Felipe González etc., dibujaba un escenario en el que el pragmatismo se imponía a la poesía, y el petróleo a las ideologías. ¿En qué medida nuestros propios errores propiciaron que las autoridades españolas comenzaran a percibirnos como una amenaza y un estorbo? La posibilidad de que fueran nuestra propia bisonería política y soberbia intelectual las culpables de que no lográsemos tejer un entramado de intereses y colaboración con los nuevos dueños del poder en España, y el hecho de que aquellos jóvenes idealistas, poetas, novelistas y ensayistas fueran borrados del mapa por culpa de la geopolítica y los mercados, son cuestiones que correspondería abordar en otros foros más adecuados.

La cuestión real es que, mientras la incipiente intelectualidad guineana era arrojada al baúl de los recuerdos españoles, las universidades de Estados Unidos tomaban el toro por los cuernos y no consintieron que decayera una iniciativa que al cabo de los años ha convertido a Guinea Ecuatorial, pese a quien pese, en la tercera pata del banco del idioma español en el mundo.

Sí. La pequeña Guinea Ecuatorial, con apenas 600 000 habitantes, más de la mitad de ellos casi analfabetos, es una auténtica potencia literaria en español que ha producido una ingente obra en el idioma de Cervantes tanto desde el exilio como en el interior del país, y que merece reflexión y admiración.

Algunos, muchos, profesionales del desprecio acusan de falta de talento a enormes escritores como Donato Ndong, María Nsue, José Fernando Siale, César Mba, Juan Manuel Davies, Tomás Ávila Laurel, Justo Bolekia, Joaquín M. Bacheng, incluso Inongo vi Makomé que, aunque es camerunés, estudió en Guinea y siempre ha estado vinculado a ese país. Muchos afirman que no salimos de la autobiografía, que lo que escriben los guineanos carece de calidad, que hay mucha paja y poco grano, que no hay un gran novelista, una gran obra (como si don Miguel de Cervantes no hubiese emergido precisamente de la nada de las novelas de caballería para crear el Quijote).

Son incapaces de captar que a la espera de esa gran novela, de ese demoledor poemario que demandan a un colectivo de entusiastas, desvergonzados, y desacomplejados escritores africanos que se expresan en español, la originalidad y el talento residen a cientos de miles de kilómetros de Madrid, de Buenos Aires o de Macondo, en el mismísimo corazón del África ardiente, donde un grupo de escribas se aferra al español como medio de subsistencia literaria, contra todos los vientos y las mareas, contra el Estado guineano, contra la incuria de Madrid, contra los críticos, contra los escaparates de las librerías que se niegan a exponer sus obras, contra tantas cosas...

Y esa es la gran aventura de la literatura española en Guinea Ecuatorial, un pequeño país que produce más, mucha más literatura que grandes conglomerados como la Sudáfrica negra, Camerún o Kenia.

Merecemos respeto porque nadie nos ha regalado nuestros versos, nuestros cuentos, nuestras humildes novelas, nuestras obras de teatro: no los hemos concebido para pasar a la posteridad, sino como instrumento de supervivencia en un mundo que ha olvidado

que la literatura nada tiene que ver con los superventas, con el éxito, con los premios, ni con las modas y prebendas, y que un buen escritor, sin ser un genio, sin poseer un gran talento, simplemente siendo honrado y consecuente, puede prestar a la sociedad el mismo gran servicio que el buen médico anónimo que nos alivia de nuestra apendicitis en su consulta de provincias, el jovial y atento empleado del supermercado que nos indica dónde encontrar las latas de escabeche, o el vendedor ambulante que una tarde de sábado nos procura una buena película ya descatalogada que nos permitirá disfrutar un buen rato. Todos los días del año, cientos y cientos de fontaneros, maquinistas, ingenieros, científicos, estudiantes, enfermeras e informáticos acuden a sus puestos de trabajo con el ánimo de dar lo mejor de sí mismos a su sociedad. No hay premio para tanto entusiasmo y, sin embargo, hacen que nuestras vidas y nuestras comunidades funcionen mejor. Y esta es la labor que quizá nos corresponda ejercer hoy en día a los escritores que venimos de Guinea Ecuatorial. Tal vez todavía no seamos geniales, pero sí profesionales. De todos modos la genialidad siempre puede llegar ¿Qué prisa hay?